

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA HISTORIA DE LA CERÁMICA EN ARGENTINA. PRIMERAS EXPERIENCIAS

por Graciela Scocco

Siglo XIX. La producción artesanal

Llamaremos bajo el primer título general a las notas que presentaré en la Revista Cerámica de Argentina a partir de este número, el subtítulo nos ubicará en época y tema. El objetivo de las mismas apunta a difundir entre los ceramistas el conocimiento de nuestro pasado cerámico.

En las pequeñas reseñas he volcado el producto de mis investigaciones pues como todos hemos comprobado poco es lo que se ha escrito, y difundido, sobre esta actividad en nuestro país. Sabemos que en el siglo XIX el producto de loza y porcelana importada se comercializaba muy bien en nuestro ambiente y una prueba de ello la podemos apreciar en la lectura del rubro "remates" de los periódicos de la época, en los cuales su presencia es constante a diferencia de las pocas referencias encontradas respecto a los productos realizados en el país. Se ha generalizado asimismo la idea de que no ha existido en el siglo XIX una producción cerámica propia, sin embargo pudimos constatar que la limitada existencia de la oferta nacional se halla registrada en guías de comercio de la ciudad y recién a partir de los inicios de la segunda década del siglo XX aparecen en los periódicos algunas referencias hacia ella ; la desatención mencionada atañe a los tres aspectos de esta actividad, es decir al artesanal, al industrial y al artístico, a los que se les adjudicó indistintamente y en forma general la característica de "decorativo", "utilitario" y "estético".

Algunos antecedentes del siglo XIX

En las guías comerciales del Buenos Aires del siglo XIX, encontramos datos que aseguran una pequeña producción local de artículos cerámicos, que fueron realizados seguramente con técnicas a nivel semi-artesanal, aunque en los reservorios, no hemos podido identificar en forma fehaciente las marcas de esos objetos.

En el año 1862, en una guía comercial, en su primer año de publicación, se registra la fábrica de adornos de barro cocido Induni Hnos. la que ofrecía “chapiteles para alacenas y columnas, modillones para cornisas, emblemas para sepulcros y macetas de todas clases”, realizados en cerámica, cuyo domicilio estaba ubicado en el centro de la ciudad, en la calle Bolívar 189. El aviso agregaba: “Con el privilegio del Superior Gobierno de Buenos Aires” por lo que interpretamos que el establecimiento recibía algún apoyo estatal.

Más tarde para el año 1866 se publican tres fábricas de adornos en barro cocido, una de ellas fue “Bedat y Mora” y comprobamos que en el registro de profesiones de la misma Guía, figura esta persona como escultor A. Bedad (sic), calle Charcas 293. Hacemos esta aclaración para puntualizar la existencia de un artista en ese emprendimiento que seguramente era semi artesanal. En otros avisos se mencionan también a Jofre y Ca. cuya fábrica se encontraba en el pueblo de las Conchas y su depósito en Buenos Aires. La misma producía adornos para frentes de edificios, caños para aljibes, letrinas vidriadas, jarrones labrados y lisos, ollas, tarros, cazuelas, etc. y según el anuncio que mencionamos: “cualquier trabajo de ese ramo”. Figuraron también en ese año 1866: Juan Plá, Felipe Trevino y Juan Cutell como fabricantes de baldosas, que ofrecían además “lo mejor que se hace en el país, adornos de barro cocido para frentes, macetas etc.”

En el catálogo de la Exposición Industrial que se realizó en Buenos Aires en 1877 figura un rubro que presenta: “elementos de alfarería,

baldosas, tejas y ladrillos” y en ese rubro se destacaron G. Sturm con copas para plantas, caños, ollas, cacerolas, tarros, jarras y platos. B. Honoré con sus macetas y baldosas, Juan Soubrevie con macetas y caños y Arturo de la Serna con sus baldosas, bancos para jardines y plazas, mesas con dameros, frisos y brocales.

Por lo que hemos visto hasta el momento podría decirse que el aspecto cerámico realizado en el país cubría el nivel de objetos utilitarios y de ornamentación, es decir que, si bien la importación de esos elementos absorbía gran parte de la demanda, se tenía la posibilidad de encontrar productos nacionales seguramente a menor precio. Lo anteriormente constatado nos permite señalar que no se puede seguir generalizando este tema y decir que en el siglo XIX todo se importaba.

En el mismo catálogo de la Exposición industrial de 1877, pero dentro de otro grupo en el que se integran esculturas y trabajos en mármol, piedra y yeso, figura en el punto 1. n°116, el Sr. J. Soubrevie con “dos vasos de barro cocido esculpidos”, seguramente se hace referencia a grandes vasos ornamentales, pues se los había ubicado dentro del grupo “escultura”. En años siguientes en la guía comercial de 1879-80-81, se registran varias entidades relacionadas con material cerámico para la construcción, como ladrillos, baldosas y demás, mencionándose tan solo los nombres de cuatro alfarerías en la ciudad: “Alfarerías Gadea, Vicente”, Perú 241. “Malabli, Ambrosio”, Moreno 1243, “Salomoné, José.” Artes 155, “Sturm Gerardo”, Caseros 621, Buenos Aires. Diez años más tarde ya aparecerían trece alfares y algunas “fábricas”, como se las llamaba a estas primeras experiencias.

La pequeña producción se enfrentaba al gran coloso de importación europea que veía en Argentina un mercado interesante en cuanto a importación cuantitativa y cualitativa tanto en material cerámico para la construcción, como para el de uso decorativo y en el de menaje doméstico, realizados en loza y porcelana artística. Esta producción dominó nuestro mercado durante todo el siglo XIX y gran parte del siglo XX.

Diversos factores pueden haber influido para que no se pudiera desarrollar esta manufactura en el país en épocas tempranas. Sin embargo constatamos que no se ha dejado de marcar y señalar en su época ese descuido que produjo el “atraso manifiesto en que hemos mantenido a esta industria”, como bien lo expresara un crítico en 1893. Éste nos aclaraba que tanto los trece alfares que existían en ese momento en la capital, como las diversas fábricas de San Isidro, Campana, islas del Tigre y alrededores, que funcionaban por entonces, podrían haber adquirido un extraordinario desarrollo si, con leyes protectoras, se las hubiera puesto en condiciones de servir eficazmente a la prosperidad del país.¹

En el texto se menciona además el tipo de producción que se realizaba en ese momento: “Gran variedad de objetos: macetas de todo tamaño, tinajas barnizadas y porosas, botellones, fruteras, esquineros; columnas pedestales, medallones con alegorías, vasos artísticos y útiles de cocina”. Comenta también que en cuanto a un futuro cercano se aspiraba a abrir próximas fábricas de loza y luego de éstas, entrar en la producción de porcelana, pero según su opinión, éstas últimas requerirían operarios especializados, característica que supuestamente faltaba en nuestro medio.

Continúa Parte 2: Artistas ceramistas del siglo XIX

¹ HELUERA, D. *La producción Argentina 1892*. Buenos Aires, Ed. Goyoaga, 1893. p. 5. Alfarerías 13.